

Actores no estatales y la política internacional: el caso de Al-Qaeda frente a la hegemonía norteamericana¹

Rafat Ghotme*

En este artículo, veremos que las acciones de Al-Qaeda pueden ser estudiadas a través de un vínculo realista con el sistema internacional dominado por los Estados. Sostendremos que este actor no estatal intenta promover o acelerar cambios en la estructura de poder, donde sobresale la hegemonía norteamericana y la búsqueda del equilibrio por parte de diversos actores que implementan estrategias asimétricas como respuestas contra-hegemónicas.

Palabras clave: Al-Qaeda, estrategias asimétricas, hegemonía, equilibrio del poder, Estados Unidos, Estados revisionistas.

In this article we will see that the actions of Al-Qaeda can be studied using a realistic link with the international system dominated by states. We will hold that these actors try to promote or to accelerate the changes in the structure of power, where there stands out the American hegemony and the search for balance by various actors that implement asymmetric strategies as counter-hegemonic responses.

Keywords: Al-Qaeda, asymmetric strategies, hegemony, balance of power, United States, revisionists states.

Fecha de recepción: 13/09/2012 Fecha de aceptación: 29/01/2013

INTRODUCCIÓN

Al-Qaeda debería tener mayor significación en el estudio de la política contemporánea del poder internacional. Es cierto que Al-Qaeda, como un actor no estatal, es incapaz de transformar el *sistema* internacional dominado por los Estados –los atentados del 11/S y los sucesivos ataques no representaron ningún trastorno significativo en ese sentido–. Si asumimos, además, que los actores no estatales son y continuarán siendo incapaces de adquirir o dominar los recursos de poder con que cuentan los Estados, y que el equilibrio y la hegemonía seguirán siendo los mecanismos dominantes de las relaciones internacionales, se vuelve aún más difícil encontrar y explicar el vínculo entre este tipo de actores con la política internacional. Aquí, sin embargo, creemos que es posible encontrarlo y sostendremos que ese vínculo es preeminentemente *realista*.² Hasta este momento, los enfoques estado-céntricos de las relaciones inter-

* Internacionalista e historiador. Magíster en Historia. Doctorando en Historia. Profesor Asociado e investigador del Programa de Relaciones Internacionales y Estudios Políticos, UMNG. Correo electrónico: rafat.ghotme@unimilitar.edu.co

1 Este artículo es un extracto de una investigación en curso llevada a cabo por el autor con el título de Al-Qaeda y la política internacional: una reflexión teórica, en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Relaciones Internacionales, Universidad Militar Nueva Granada (UMNG), Bogotá.

2 Los principios que aquí se presentan son parte de mi propuesta realista, que se asumen como presunciones para inferir hipótesis a desarrollar en un marco general de las relaciones entre los actores no-estatales y los Estados. Tales principios se fundamentan, si bien no son sus planteamientos, en la obra de teóricos realistas, como veremos.

nacionales carecen de tal marco de comprensión (como afirma Jervis, 2009, p. 203),³ pero debido a que Al-Qaeda ha sido uno de los actores no estatales que mayor impacto ha tenido en el sistema interestatal –por el uso de la violencia terrorista a gran escala contra la política exterior norteamericana en el Medio Oriente–, lo primero que debemos hacer es encontrar un enfoque viable que incorpore a los actores no estatales en la lógica de la política del poder internacional. Este tipo de enfoques hace necesariamente más incluyente y permite capturar la realidad actual de los diversos fenómenos y actores que influyen en el comportamiento internacional de los Estados (como sugieren Viotti y Kauppi, 2009, pp. 14 y ss).

Este vínculo realista parte de dos principios: los Estados siguen siendo los principales actores en el sistema internacional, y, de hecho, los actores no estatales pueden depender ampliamente de los Estados y ser forzados por éstos a seguir un curso de acción, mientras los debilitan, pero también revitalizarlos (como Hizbullah, algunas multinacionales petroleras o las Organizaciones Intergubernamentales) (Holsti, 1994; Mearsheimer, 1994; Glaser, 2003, pp. 409-414, 2010). En segundo lugar, en tanto que la esencia de un actor no estatal está definida según criterios –realistas– relacionados con la geo-estrategia y la política del poder internacional.⁴ Al-Qaeda es concebido en este estudio como un actor no estatal con un grado de independencia considerable –así como algunas multinacionales pueden influenciar a algunos Estados débiles o poderosos, y Greenpeace, Amnistía o Wikileaks tratan de cambiar el curso de algunas políticas estatales.

Este tipo de actores no estatales, cuando adquieren un reconocimiento internacional relevante, pueden llegar a ser considerados como unidades del sistema con capacidad de agencia.⁵

3 El realismo no ha negado ni la existencia ni la relevancia de los actores no estatales. Como dice Kenneth Waltz (1986, p. 329): “la estructura nunca nos dice todo lo que queremos saber. En lugar de ello nos dice un pequeño número de grandes e importantes asuntos”. Sin embargo, las escuelas realistas que han insistido en darle mayor énfasis a los actores no estatales son el Realismo Clásico y el Realismo Neo-clásico, en Glaser (2003, 2010); Schweller y Priess (1997); Schweller (2003).

4 Vale la pena detenerse a justificar por qué los enfoques globalistas –tradicionalmente encargados de darle relevancia a los actores no estatales– no son aplicables a este marco: la globalización, como generadora de una red de comunicaciones mundiales, no constituye más que un instrumento al servicio de la estrategia yihadista; y si la consideramos como una red de gobernanza global, a lo sumo podrá dar explicaciones satisfactorias para las dinámicas de relaciones entre los actores sub-estatales, los Estados y las organizaciones intergubernamentales en el marco de los problemas comunes y las salidas legítimas de los grandes Estados, quienes siguen controlando estas redes esporádicas (para una perspectiva globalista de los actores no estatales, véase, principalmente, Slaughter, 2004, pp. 18-23, 261-271; Keck y Sikkink, 1998; Mallaby, 2004; y Williams, 2002. Una crítica realista del enfoque globalista en Kenneth Waltz, 1999).

5 Al-Qaeda no solo se define de acuerdo a ese criterio internacional. También se concibe como un movimiento de vanguardia revolucionaria que rechaza los autoritarismos seculares y las monarquías neopatrimoniales –la crisis económica también aparece en el discurso islamista, pero no con el sentido de urgencia que tienen, por ejemplo, los movimientos de izquierda. En términos generales, tanto la represión como el desencanto que produce el fracaso de los proyectos seculares nacionalistas, normalmente dirigidos desde arriba por una élite autocrática excluyente, termina arrojando a miles de descontentos a los brazos del Islam Político (Ramadan, 2000; Burgat, 2006). Al mismo tiempo, Al-Qaeda ha evolucionado

Para abordar el papel de Al-Qaeda en la política del poder internacional, lo haremos a través de la incorporación de una estrategia epistemológica que encuentre un vínculo entre el supuesto básico realista según el cual el sistema internacional está dominado por los Estados –que compiten por el poder y la seguridad en un entorno anárquico (Waltz, 2000; Mearsheimer, 2001)–, y la caracterización de los actores no estatales como agentes racionales que pueden influenciar el comportamiento estatal. Para ello se sugerirá la siguiente hipótesis sobre el comportamiento de esos actores: los actores no estatales –como Al-Qaeda y otros actores *independientes*, además de algunos subordinados a los Estados– no sólo generan amenazas al sistema de Estados, sino que pueden responder a las amenazas que emanan de éstos sobre aquél como parte de una lógica realista. Específicamente, sostendremos que Al-Qaeda intenta (o es capaz o no es capaz de) promover, acelerar o alterar el curso de acción de la política exterior estadounidense y, en otro extremo, intenta transformar las relaciones y/o la estructura de poder imperantes en el sistema internacional –esto es, la hegemonía y la unipolaridad norteamericanas– mediante una estrategia de equilibrio asimétrico, sin que ello los lleve a derrumbar la lógica sistémica dominada por los Estados.

Ahora bien, un proceso similar ocurre con los Estados *revisonistas*;⁶ de hecho, este proceso es típicamente estatal. La hegemonía norteamericana actual se ha enfrentado a un ciclo habitual de transición recurrente en la historia de las relaciones internacionales, donde normalmente los efectos de la sobre-expansión imperial (para usar el término de Paul Kennedy) llevan a las potencias hegemónicas a usar *mal* su poder y donde, por otra parte, algunos actores emprenden una carrera hacia el equilibrio; a partir de 2003, de hecho, tras la invasión a

en la conducción de su estrategia. Al ser expulsada por las tropas norteamericanas de Afganistán en el 2001, esta organización sufrió duros reveses e intentó por todos los medios reorganizarse en la frontera pakistaní. Su lucha por la supervivencia lo llevó luego a concebir una estrategia yihadista –más global– consistente en su dispersión y revelada en la aparición de redes y nuevos liderazgos locales de grupos que en el futuro se fusionarían o asociarían a la base en las denominadas ramas o franquicias (Al-Qaeda en la Península Arábiga, Al-Qaeda en Irak, Al-Qaeda en el Magreb Islámico, Al-Shabaab y el Frente al-Nusra en Siria) (este aspecto lo desarrollo en otra parte, Ghotme, 2012). Tomadas en conjunto estas dos variables –la internacional y la islamista–, Al-Qaeda será entendido en este estudio como un actor no estatal unitario y racional. Ver la nota 11.

6 Aquí haremos referencia a los Estados *revisonistas* como aquellos que no se sienten satisfechos con la estructura de poder y el orden mundial imperantes. Debido a que este artículo está influenciado principalmente por el realismo neo-clásico (aunque también por el realismo ofensivo), creemos que los Estados se ubican en una escala que va desde aquellos que defienden el statu quo hasta los *revisonistas*, una situación que se genera en la medida en que se vean satisfechos o insatisfechos por la posición en la que se encuentran en un ambiente anárquico. Por ejemplo, mientras que Estados Unidos vea desafiada su posición de hegemonía, seguirá intentando mantenerla, al mismo tiempo que Estados como China, Rusia, Siria, Irán o Corea del Norte (entre otros), intentarán equipararse mediante diversos mecanismos: aumento de sus capacidades de poder, alianzas –como el BRIC–, oposición en los escenarios multilaterales, o tratando de modificar las normas internacionales, cuyo ejemplo más importante es el intento de reforma al Consejo de Seguridad de la ONU. Otros Estados –como algunos europeos o latinoamericanos– simplemente se “acomodan”, una situación que en principio no es permanente. Un balance en Walt (1987); Mearsheimer (2001); Zakaria (2000); Snyder (2002); y Rynning y Ringsmose (2008).

Irak, la hegemonía norteamericana se ha visto enfrentada a este doble proceso.⁷

Las hegemonías compelen a la búsqueda del equilibrio. Ahora, si bien Al-Qaeda se circunscribe en esta misma lógica, eso no quiere decir que sea el principal catalizador del eventual declive de la hegemonía norteamericana y el ascenso del equilibrio mundial.⁸ Pero Al-Qaeda ha contribuido a acelerar esta tendencia. Esta relación es compleja, y, más aún, puede ser tomada como una exageración. Como consecuencia de las respuestas asimétricas contra-hegemónicas de Al-Qaeda, los Estados Unidos han implementado estrategias preventivas o agresivas que, a su vez, llevan a los demás Estados a oponerse a la forma como los norteamericanos usan su poder en el mundo, implementando aquéllos también respuestas asimétricas, la *intención* de incrementar sus capacidades, o simplemente tipos de diplomacia “suave”. Por otra parte, los Estados revisionistas bien podrían encontrar otros pretextos diferentes a los de la “guerra global contra el terrorismo” para generar respuestas contra-hegemónicas; con o sin ésta, el resultado debería ser el mismo. Lo mismo cabe decir de la actitud norteamericana, ya que podría encontrar otros pretextos para expandirse por el mundo –ahí está el intervencionismo liberal en Libia o Siria para probarlo–.⁹ Sin embargo, una particularidad del sistema internacional contemporáneo radica en el hecho de que un actor no estatal haya podido generar una turbulencia de gran magnitud que lleva a darle prelación a la relación que identifica tanto a Al-Qaeda como a los Estados revisionistas cuando utilizan estrategias asimétricas para disuadir a los Estados Unidos. Después de todo, las respuestas asimétricas son también formas de equilibrio.

Para responder a este objetivo –cómo Al-Qaeda puede influenciar el comportamiento de los Estados a través de estrategias asimétricas–, el presente artículo se divide en varias partes: primero estudiaremos a las organizaciones políticas que usan la violencia para lograr los fines políticos que se plantean; luego se contextualizarán estas acciones en las relaciones de poder imperantes en el sistema internacional; y finalmente se analizará

7 Las fases transicionales hegemónicas son procesos en los que sobresalen principalmente los Estados. En el mundo contemporáneo, la búsqueda del equilibrio mundial entre los Estados relevantes del sistema lo llevan a cabo algunas potencias mundiales emergentes como Rusia, China, entre otros, que compiten y, al mismo, tiempo cooperan con los Estados Unidos en algunos asuntos, como el caso iraní, norcoreano e, incluso, en la lucha global contra el terrorismo, un proceso que se verificará tan solo mientras se consiga el equilibrio (Lyane, 2012; Walt, 2011). Como se ha notado, este artículo se dedica principalmente al rol que desempeñan los actores no estatales, y la forma como éstos y los Estados revisionistas se involucran y socializan sus intereses mediante el equilibrio “asimétrico”.

8 En este punto es preciso aclarar que la estrategia de Al-Qaeda no es la variable independiente, sino que aparece como una variable interviniente.

9 En este punto es preciso aclarar que la estrategia de Al-Qaeda no es la variable independiente, sino que aparece como una variable interviniente.

cómo la estrategia del equilibrio asimétrico afecta directa o indirectamente el comportamiento de los Estados Unidos.

UNA INTERPRETACIÓN REALISTA DE AL-QAEDA

El terrorismo y la guerra contra el terrorismo han llevado a muchos autores a considerar la creciente influencia de los actores no estatales y el subsecuente socavamiento de la preponderancia del Estado; estos autores, además, aseguran que prevalecerán las guerras “pos-modernas” en lugar de las rivalidades tradicionales entre las grandes potencias (van Creveld, 1991; Gordon, 2007; un balance en David, 2009). Sin embargo, aquí hay mucho de exageración. Es cierto que los actores no estatales que utilizan la violencia terrorista, como Al-Qaeda, se han beneficiado de la globalización y las nuevas tecnologías, por no nombrar el supuesto resquebrajamiento de las sociedades donde ellos operan; también lo es el hecho de que los atentados perpetrados desde el 11/S han planteado otros retos a la seguridad tradicional, y, de hecho, los conflictos y las estrategias asimétricas están siendo utilizados por los Estados y los actores no estatales que rivalizan entre sí y especialmente con los Estados Unidos. Pero las rivalidades tradicionales entre los Estados aún siguen marcando la gran política del poder y la seguridad internacionales; de hecho, los Estados aún siguen dominando la escena internacional (Layne, 2004).

¿De qué manera, entonces, podemos abordar el estudio de Al-Qaeda en la política del poder contemporánea? Si asumimos *a priori* una óptica realista, ¿ha modificado el terrorismo y la guerra asimétrica los marcos de comprensión del equilibrio del poder y la hegemonía como instrumentos analíticos centrales de las relaciones entre los Estados?

Creemos que es posible incorporar a Al-Qaeda en esta lógica del poder internacional. Desde una óptica realista, Al-Qaeda puede ser interpretada de dos maneras, ninguna excluyente de la otra: la primera se relaciona con las organizaciones políticas que usan la violencia para conseguir sus fines políticos. Y la segunda con la estrategia del equilibrio asimétrico. Veamos.

AL-QAEDA Y LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL

Aparte del hecho de que Al-Qaeda es un movimiento delineado por la práctica y el discurso de las sociedades islámicas y el Islam Político,¹⁰

10 El Islam Político tiene tres vertientes principales: los movimientos moderados o liberales, que buscan cambiar el sistema político a través de reformas graduales; los salafistas, quienes pretenden instaurar un Estado Islámico depurado de influencias “externas” y basado exclusivamente en la ley islámica; y los yihadistas, cuyo ideario es instaurar un Estado Islámico a través de métodos revolucionarios o violentos. Al-Qaeda cabe dentro de esta última categoría (cfr. Dalacoura, 2013, 2012; Ramadan, 2000). Los movimientos yihadistas que se oponen a la forma como Estados Unidos usa su poder en el mundo musulmán son diversos, pero muchos de ellos orbitan alrededor de Al-Qaeda: el Grupo Salafista para la Predicación y el

sus actividades son también reconocidas como un tipo de comportamiento político habitual en la política internacional, consistente en “el uso de la violencia armada contra un Estado (o Estados) para alcanzar el objetivo político claramente definido” (Layne, 2004, p. 107). La violencia terrorista tiene ciertas particularidades. Una de ellas es que los actos terroristas están cargados con un fuerte valor inquisitivo. Se ha sugerido superar ese dilema creando cierto relativismo: *mientras que para alguien es un acto terrorista, para otro es un luchador por la libertad* (cfr. Johnson, 2004a, 2004b). Algunos estudiosos han preferido centrarse en una explicación sociología de los movimientos sociales y la violencia política. Estos autores tienden a mezclar los actos terroristas con otras formas de violencia colectiva, y conciben estos actos como reivindicaciones violentas globales de destrucción coordinada, respuestas letales o campañas de aniquilación dirigidos contra la propiedad y las personas (cfr. Bergesen y Lizardo, 2004, p. 40; Koopmans, 1993). Los actos terroristas son sin duda formas de violencia colectiva y destrucción coordinada, pero no tienen necesariamente lógicas causales y vínculos teóricos con los demás incidentes violentos que llevan a cabo otros movimientos sociales –de raza, sindicales, protestas sociales–. Más bien, como dice Bruce Hoffman, el terrorismo es “sobre poder: la búsqueda del poder, la adquisición del poder y el uso del poder para lograr un cambio político” (Hoffman, 2006, pp. 14-15). La violencia terrorista que lleva a cabo Al-Qaeda es, en esencia, políticamente revolucionaria.

El terrorismo internacional puede ser definido como el uso o amenaza del uso deliberado de la violencia por un actor no estatal o estatal dirigido contra la población civil para conseguir un objetivo político (cfr. Mann, 2004; un balance sobre las definiciones oficiales de terrorismo, que sólo incluyen a los actores no-estatales, en Wilkinson, 2005); es internacional porque sus perpetradores y sus objetivos involucran al menos dos países u objetivos internacionales al interior de un país. Por tanto, si bien se reconoce que el terrorismo es una forma de violencia política, esta denominación pretende aparecer como una categoría neutral –los Estados también pueden implementar prácticas terroristas–, con sus lógicas causales independientes –aunque interconectadas– con otras variables teóricas que van más allá de la violencia social tradicional. Una de sus particularidades es, justamente, que aparece como una forma *racional* de conflicto asimétrico, en tanto que es un medio que usan los débiles contra los fuertes (Clausewitz, 1999; Betts, 1998).

El uso racional de la violencia para avanzar en su objetivo político, fue implementado por Al-Qaeda como una estrategia claramente diseñada

Combate de Argelia, Fatah al-Islam en el Líbano, Abu Sayaf en Filipinas, Ansar al Islam en Irak, Lashkar e-Taiba o la red Haqqani en Pakistán. Por tanto, si bien existen algunos movimientos no afiliados a Al-Qaeda con un discurso y una práctica anti-imperialistas –el islamismo chiíta en Irak, Líbano y Siria–, en este artículo consideraremos a Al-Qaeda como el más importante actor yihadista del mundo musulmán, ya sea por su capacidad operativa, o ya sea por su alcance global. Ver la nota 5.

contra “la hegemonía geo-cultural de Estados Unidos” (Layne, 2004, pp. 107-108). Al-Qaeda no sólo es heredero del islamismo anticolonialista de finales del siglo XIX y la primera mitad del XX (adaptado a las versiones *salafistas* saudíes y puritanas egipcias del islamismo político), sino también el producto de una *aventura* geopolítica: la invasión soviética a Afganistán en la que justamente es fundado. En la actualidad, los discursos y las prácticas geopolíticas de Estados Unidos se han vuelto el foco del descontento de los islamistas. Esas prácticas van desde el apoyo decidido a Israel, pasando por las guerras de invasión a Irak, Afganistán y Chechenia, la presencia de bases o tropas de entrenamiento norteamericanas en el Cuerno de África, la Península Arábiga, el Magreb y el Sudeste Asiático, hasta el apoyo político que da Estados Unidos a las autocracias represivas de la región (Mearsheimer, 2011; Burgat, 2006; Hansen, 2000).

Con esta perspectiva, es claro que los ataques tienen un objetivo geopolítico. Y tienen, además, una concepción estratégica: al querer eliminar a sus enemigos *cercanos* y *lejanos*, los ataques terroristas buscan provocar una reacción violenta exagerada de los Estados Unidos, y así incitar el descontento popular de los musulmanes que llevaría eventualmente al derrocamiento de los regímenes árabes y el desgaste militar y la quiebra económica de los Estados Unidos (Farrall, 2011; Riedel, 2007).

LA HEGEMONÍA NORTEAMERICANA EN DECLIVE Y EL EQUILIBRIO EN ASCENSO

En principio, la hegemonía norteamericana exagera, o fomenta, los grupos radicales como Al-Qaeda. Los Estados experimentan un proceso similar. Por otra parte, se ha sostenido que la hegemonía norteamericana es tan inusualmente poderosa que estará destinada a ser la gran potencia mundial por muchos años más. Según esa concepción, los 3, que además de Al-Qaeda incluye a algunos Estados disidentes –China, Rusia, Irán, Siria, Corea del Norte, Venezuela y Cuba–, no podrán resistirse a la «benevolencia» del poder norteamericano. La primacía norteamericana, concentrada en grandes capacidades de poder duro y blando, puede canalizarse para atraer las mentes y corazones de las personas para luchar contra el terrorismo y promover regímenes democráticos que haga más seguro a su país y al mundo, ya sea frente a los terroristas, los Estados canallas o los poderes en ascenso. La hegemonía norteamericana es benevolente simplemente porque es una hegemonía liberal (Nye, 2010; Haass, 2008; Thayer, 2006; Mastanduno, 2009; Jervis, 2009; una revisión actualizada del debate en Keohane, 2012).

Es cierto que Estados Unidos sigue siendo una potencia hegemónica y, desde la década del 90, ha contado con grandes capacidades de poder para actuar en el mundo de acuerdo a sus intereses estratégicos, ampliando su alcance geográfico –en la OTAN, por ejemplo– y en la implantación

de una ideología liberal y globalizada que beneficiaría a sus aliados, pero que también situaría más Estados en su órbita (cfr. Layne, 2006; y Mearsheimer, 2011).¹¹ Actualmente, los Estados Unidos siguen contando con diversas herramientas para ejercer el poder y lograr algunos objetivos políticos en el mundo: disuasión nuclear frente a Rusia y China; armas y ejércitos convencionales capaces de derrumbar en semanas regímenes como en Afganistán e Irak o a través de coaliciones militares, como en Libia; incentivos económicos, cuando busca acercar gobiernos reticentes y ambiguos en la lucha contra el terrorismo, como Pakistán; y, finalmente, una diplomacia ambivalente entre el multilateralismo y el unilateralismo, en muchos casos en menoscabo de la ONU. La actual “primavera árabe” es una prueba de que Estados Unidos puede seguir liderando la alianza occidental para promover un mundo a su imagen y semejanza, esto es, *pacífico, liberal y democrático*.

Sin embargo, el hecho de que la hegemonía norteamericana no sufriera una seria contestación en la inmediata posguerra fría se debió a una consideración de poder, y no a su intrínseca benevolencia liberal. Además, los Estados Unidos han experimentado dos procesos característicos que son recurrentes en una hegemonía imperial: en primer lugar, el descenso de sus capacidades relativas de poder, haciéndolo incapaz de conseguir algunos resultados políticos deseados. Esta fase está relacionada con los costos de la “sobre-expansión” imperial, como veremos después (Kennedy, 1989, p. 627; Walt, 2009, 2011).¹² Y en segundo lugar, en tanto que una hegemonía se enfrenta *normalmente* al ascenso de otros competidores. En política internacional, como dice Kenneth Waltz (2000, 1993), una gran acumulación de poder conlleva desconfianza, inestabilidad y temor por parte de otros Estados, que buscan necesariamente equilibrarse para mejorar su situación. Los Estados confían esencialmente en las capacidades de poder como mecanismos compensatorios (un balance en Zakaria, 2000; Mearsheimer, 2001; Layne, 2004; Rodman, 2000; Waltz, 2000). Como veremos, esos Estados han hecho frente a la creciente expansión de Estados Unidos en Asia Central y el Medio Oriente, esto es, a la guerra global contra el terrorismo –y en general a las formas de «intervencionismo liberal»– a través de diversas estrategias.

11 Estados Unidos aún sigue siendo el mayor inversor en armamento y tecnología militar, superando los gastos hechos por los demás países del mundo de manera combinada. La superioridad que representa su vasta flota marítima y aérea le permiten controlar las diversas rutas oceánicas y terrestres en cualquier parte del mundo, y su dominio del espacio es incontestable. Sin embargo, como veremos más adelante, es incapaz de conseguir los resultados deseados en contextos de guerras asimétricas. Ver la nota 14.

12 Después de los atentados del 11/S, Estados Unidos reforzó su presencia estratégico-diplomática en el mundo, pero el 11/S fue tanto un catalizador como una consecuencia de la “sobre-expansión” imperial, independientemente de si Bush tuviese o no un enfoque militarista de las relaciones internacionales; los imperativos del sistema estaban ya en marcha. Por otra parte, la concepción del terrorismo y la guerra global contra el terrorismo –las guerras preventivas, la eliminación del liderazgo de Al-Qaeda y el combate de las ideas “extremistas” con ideas “democráticas” – ha demostrado más continuidades que cambios en la elite de la política exterior norteamericana y la opinión pública, desde el gobierno de Reagan hasta el de Obama (cfr. Jackson, 2011).

HACIA EL EQUILIBRIO ASIMÉTRICO

Las hegemonías producen respuestas contra-hegemónicas. Los Estados Unidos, de hecho, representan adicionalmente una amenaza a la seguridad de los demás actores desde que se dejó arrastrar por la idea de una hegemonía revestida de *dominación global* (Mearsheimer, 2011). No sólo los Estados se han rebelado. Sin duda, Al-Qaeda ha reaccionado al imperialismo norteamericano y de hecho lo exacerba. Al-Qaeda, en ese sentido, surge principalmente como una “reacción militar islámica provocada por el ataque de los no musulmanes a la fe islámica, a los musulmanes, al territorio musulmán, o a las tres” (Scheuer, 2004, pp. 7-8). Ahora bien, ¿podemos atribuir a las respuestas violentas de Al-Qaeda alguna forma de equilibrio? La violencia terrorista, en otras palabras, ¿puede encajar en las concepciones clásicas del equilibrio del poder? Si nos atenemos a una caracterización clásica del equilibrio, deberíamos responder que “no”. Tal caracterización refleja en principio un mecanismo de relación entre Estados. Según la teoría del equilibrio, los Estados buscan generar contrapesos a través de la generación de capacidades de poder —especialmente militares y económicas— o la formación de alianzas —o una combinación de ambas, que podría incluir el recurso de la guerra—, para tratar de mantener una situación favorable frente a una eventual o real potencia hegemónica (Layne, 2004).

Si seguimos esa versión clásica del equilibrio del poder, por tanto, son los Estados quienes pueden emprender mecanismos de equilibrio internacional. Ahora bien, en el sistema contemporáneo se pueden incluir dos formas más de equilibrio: el “suave” y el “asimétrico” (un balance en Paul, 2004). Las respuestas asimétricas se definen esencialmente por presentar diversas etapas, que van desde la búsqueda de objetivos limitados hasta la moral que provee el “propósito”. Dice Layne: “El equilibrio del propósito refleja las asimetrías en la motivación: si los riesgos son mayores para el poder más débil, podría estar dispuesto a asumir mayores riesgos, y pagar costos más altos que los que un defensor considera como el riesgo menos vital para sus propios intereses de seguridad” (2004, p. 116). A pesar de que Al-Qaeda carezca de las capacidades materiales y el estatuto de legalidad que les permite a los Estados llevar a cabo una práctica de equilibrio mediante la consecución de recursos de poder, representa, sin embargo, algunos de los atributos clave del equilibrio: la idea de un contrapeso, oposición o resistencia a una hegemonía (Layne, 2004; cfr. Paul, Wirtz, y Fortmann, 2004; y Mearsheimer, 2011).

Al-Qaeda ha implementado una táctica sofisticada de equilibrio asimétrico. Tal situación se refleja de cuatro maneras. En **primer** lugar, Al-Qaeda puede socavar la hegemonía norteamericana políticamente, en la medida en que intenta deslegitimar su presencia en el mundo

arabo-musulmán, debilitando su liderazgo y legitimidad mundiales y particularmente generando resistencias en algunos de sus socios militares en diversas campañas de ocupación imperial, como las llevadas a cabo en Afganistán e Irak.¹³ En ese sentido, Al-Qaeda busca crear divisiones dentro de la alianza internacional encabezada por Estados Unidos atacando socios clave de dicha coalición. Los ataques terroristas en Madrid y Londres estaban destinados a castigar a esos países por apoyar la invasión a Irak y enviar tropas a ese país. Antes de 2010, Al-Qaeda intentó bombardear algunas instalaciones españolas y holandesas en Afganistán, y otros intentos fueron frustrados en España y Alemania. Al final, la opinión pública en muchos de esos países aliados se manifestó en las urnas, llevando al poder a diversos partidos que prometieron retirarse de Irak, como sucedió con Holanda, España, Japón y otros aliados (Hoffman, 2010).

En **segundo lugar**, llevando a aumentar los costos –sin beneficios– de mantener o atraer la hegemonía imperial estadounidense en diversos escenarios bélicos. Aunque Al-Qaeda no estaba pensando en una invasión a Irak, una vez que Estados Unidos lo hizo en el 2003, la insurgencia suní se unió rápidamente a su órbita. Evacuado y *desmilitarizado* a fines de 2011, en un principio la invasión reflejó una fácil conquista militar, y aunque entre 2007 y 2010 la violencia haya disminuido notoriamente –recuérdese el plan *Surge*, llevado a cabo por el general Patreus, que en realidad funcionó gracias al apoyo de las tribus en el terreno–, el resultado deseado no refleja los planes iniciales presentados en el momento de la invasión (Kaplan, 2013). Aparecen diversos tipos de factores: la impopularidad de una guerra emprendida a través de la *mentira* –aparte del falso pretexto de las armas de destrucción masiva, estaba el también falso vínculo de Saddam Hussein con Al-Qaeda–; las más de 4.500 tropas norteamericanas dadas de baja, cerca de 32.000 heridas y más de 50.000 inutilizadas; o una campaña presidencial que llevó a Obama al poder, después de una crisis moral y económica, obligándolo a replantear la estrategia contrainsurgente en Irak y decidiendo trasladar las tropas a Afganistán –otro atolladero–; o un sobrecosto total que se estima entre 2 y 3 billones de dólares, incluyendo los gastos *adicionales* del presupuesto de Estados Unidos. La invasión a Irak, paradójicamente, abrió las puertas a la influencia iraní, al chiísmo político –que en verdad fue un gran catalizador de la salida norteamericana– y a la violencia sectaria, un factor que seguramente será manipulado por fuerzas regionales, como Turquía, utilizándolo como un instrumento más del equilibrio regional frente a Siria e Irán. Y finalmente, si agregamos que Estados Unidos pretendía con la invasión apropiarse de la riqueza petrolera iraquí, ¿qué es lo que explica, por ejemplo, que los

13 Sobre el papel del liderazgo y la legitimidad en el sistema internacional, ver Gilpin, 1999 [1981], pp. 30-34.

mayores contratos petrolíferos estén en manos de compañías chinas? (un balance en Parker, 2012; el debate en Blinken, 2012).

La imparable violencia confesional y política en Irak, además de las tensiones internas, reafirma el doble fracaso norteamericano para debilitar la táctica de Al-Qaeda centrada en ataques escalados a través de células clandestinas, y la imposibilidad de sostener un gobierno que debería generar estabilidad en su nombre. Al igual que en Irak, Libia vive un caos generalizado. Una de las principales razones que llevaron a Estados Unidos y sus socios a intervenir en Libia durante la primavera y el verano de 2011 fue la zozobra que les producía la posibilidad de que llegase al poder un grupo afiliado a Al-Qaeda. En efecto, la revuelta libia fue iniciada por una coalición entre diversas tribus y grupos islamistas afiliados a Al-Qaeda. Tras la intervención “humanitaria” de la OTAN, que rápidamente implementó la doctrina del cambio de régimen, el nuevo gobierno libio, que no controla sino algunos barrios de Trípoli, ha chocado con las verdaderas relaciones de poder que dominan la sociedad libia: el tribalismo y el islamismo militante de Al-Qaeda o el Grupo Islámico de Combate Libio. Estados Unidos, a su vez, se ha limitado a responder o contener el caos con medidas poco enérgicas, como lo hizo frente al ataque a su consulado en Bengazi del 11 de septiembre de 2012.

Al igual que en Libia, la “primavera” siria comenzó siendo un proceso de reivindicación democrático no violento (Dalacoura, 2013, 2012; cfr. Ramadan, 2012), pero rápidamente el islamismo militante se constituyó en una de las más representativas alternativas que canalizaría los descontentos y respondería a la violencia represiva del régimen sirio. Esto se puede corroborar por el hecho de que Al-Qaeda en Irak (AQI) y el Frente al-Nusra estén comandando miles de combatientes en la guerra civil siria, y de que se desplacen a través de la frontera iraquí o turca con todas las facilidades (cfr. Wong, 2013). El rol de Al-Qaeda en ese país se refleja a través de una lógica realista: al operar en el terreno, busca evitar que Estados Unidos o sus apéndices regionales –Arabia y Qatar- apoyen a los rebeldes seculares que instaurarían un nuevo gobierno en su nombre (o alternativamente atraer su presencia y combatirlo en su propio terreno, como se verificara en los momentos precedentes de Afganistán e Irak).

Estados Unidos es consciente de que la amenaza a sus intereses proviene de la posibilidad de que Al-Qaeda expandan sus actividades, adquiera armas químicas y genere inseguridad e inestabilidad en algunos países vecinos como Jordania, Israel y Turquía (Tabler, 2013). El presidente Obama, por tanto, se ha visto enfrascado en el dilema de seguir apoyando a los rebeldes seculares o esperar que el régimen de Al-Assad pueda seguir contando con algunas capacidades para contener el avance de los islamistas, lo que ha hecho que su apoyo a los rebeldes sirios sea muy pasivo (Sharp y Blanchard, 2013; Lutwak, 2013).

Esto no quiere decir que el presidente Obama hubiese abandonado el enfoque militarista de la política exterior norteamericana; de hecho, al retirar las tropas de Irak, lo primero que se verificó es que no tenía pensado implementar una estrategia de retraimiento. Una vez establecido en la Casa Blanca, el presidente Obama replanteó la política contrainsurgente y decidió trasladar las tropas a Afganistán –otro atolladero–. Los intentos de expulsar y derrotar a los talibán en Afganistán han sido costosos y de hecho han fallado. A pesar de la enorme superioridad militar de Estados Unidos, en Afganistán los estrategas no han logrado conseguir los resultados deseados: la insurgencia, el tribalismo y el nacionalismo –religioso– desempeñan un rol crucial a la hora de entender las razones del fiasco estadounidense (Downes, 2010; cfr. Walt, 2011; Layne, 2006; Boot, 2013).

No hay duda de que Estados Unidos infravaloró todas las opciones –contraproducentes– que conllevaban una guerra asimétrica en suelo afgano para “cazar” a los “terroristas”. La ocupación afgana, de hecho, ha consumido unos 8 billones de dólares. Afganistán no es la repetición de un *Vietnam* –por lo menos no del todo–, y aunque Al-Qaeda no es el responsable exclusivo de esta situación, los costos de la guerra y la disminución de sus recursos e influencia diplomática pueden considerarse como una prueba del repliegue de la hegemonía norteamericana. Estados Unidos no solo se ha visto obligado a retirar sus tropas en el 2014, sino a negociar con los talibán, mientras que su principal instrumento en el terreno, el presidente Karsai, a lo sumo, controla algunos barrios de Kabul (el debate en Malkasian y Weston, 2012; Hadley y Podesta, 2012).¹⁴

En **tercer lugar**, quizás un resultado favorable de la guerra global contra el terrorismo haya sido que Al-Qaeda no represente una amenaza real a la seguridad internacional; pero esta “guerra”, al mismo tiempo, ha conllevado otro efecto inesperado para la elite de la política exterior norteamericana: el uso de respuestas asimétricas por parte de las grandes potencias emergentes.¹⁵ Como vimos, la guerra contra el terrorismo

14 A través de sus medios de propaganda, Al-Qaeda manifiesta que la quiebra de Estados Unidos fue provocada por su estrategia de ataques sistemáticos contra los intereses norteamericanos, que a su vez llevó a ese país a una costosa “guerra global contra el terrorismo”. Aunque exagerado, buena parte de la deuda y la crisis fiscal norteamericana sí está relacionada con los costos que conllevan la ocupación de Irak y Afganistán.

Los costos del mantenimiento de la supremacía militar norteamericana –tanto sus compromisos diplomáticos estratégicos, como los gastos reales del presupuesto federal de defensa–, han disminuido a un 4% del PIB, mientras los “retornos” en la inversión han disminuido. Por ejemplo, mientras los fondos para la adquisición de armas no pasan del 60% del presupuesto, los costos reales de la adquisición superan el 120% (Parent y MacDonald, 2011). Además, Estados Unidos se enfrenta a una doble crisis fiscal: el déficit imparable del presupuesto federal y el déficit en la balanza comercial que, a su vez, se ha visto reflejado en los problemas de la clase media, el aumento de los desposeídos y desempleados, y la inmigración (según los términos del FMI, 2013, 2011; Morgan, 2013; Masters, 2013; para un balance de la década anterior, ver Ferguson y Kotlikoff, 2003; y Layne, 2006; cfr. Kennedy, 1989, pp. 641-642).

15 La economía norteamericana también sigue siendo la más grande del mundo –aún es el principal exportador de bienes y servicios–, pero su posición decrece paulatinamente y de hecho está en una verdadera

refleja el resultado de una estrategia deliberada de Al-Qaeda para atraer la presencia militar de Estados Unidos en el Medio Oriente y atacarlos en su territorio. Si la estrategia norteamericana en la guerra global contra el terrorismo ha incorporado el instrumento de los ataques y guerras preventivas, ¿por qué no habrían de temer las potencias emergentes un eventual ataque contra ellas o simplemente ver amenazada su seguridad? Bajo esta hipótesis, que refuerza la creencia en la necesidad de buscar equilibrios, es que las respuestas asimétricas pueden constituirse en el instrumento más adecuado de los demás Estados que compiten o tratan de repeler la hegemonía cuando todavía no cuentan con las capacidades necesarias.

Una respuesta asimétrica consiste sencillamente en una confrontación *indirecta* de los menos poderosos frente a los más poderosos. Algunos Estados, como Irán y Siria, promueven a los grupos radicales para desafiar la dominación israelí y norteamericana en el Medio Oriente. La creciente intervención de Estados Unidos en Asia Central, junto con el abatimiento de bin Laden, ha llevado a deteriorar las relaciones con Pakistán y a provocar un profundo anti-americanismo en ese país. El hecho de que Pakistán mantenga una posición ambigua en la guerra contra el terrorismo, demuestra en uno u otro caso que utiliza a los “terroristas” como una estrategia asimétrica para asegurar su supervivencia en un entorno plagado de enemigos cercanos y lejanos (Rassler, 2009; Laub, 2013).

Por último, el uso de los drones como el principal instrumento para combatir a Al-Qaeda durante el gobierno Obama ha impulsado a diversos Estados revisionistas a que generen sus propios dispositivos o las armas indispensables para destruirlos cuando atraviesan su suelo. Ese fue el caso de Irán, que derribó un avión no tripulado y construyó su propia capacidad basada en la tecnología de éste (Ria Novosti, 2013; Europapress.es, 2013).

Una **cuarta** consecuencia que ha provocado la guerra global contra el terrorismo es que las potencias emergentes o revisionistas se pueden oponer al poder hegemónico desde un punto de vista diplomático. China, por ejemplo, ha utilizado una retórica agresiva contra los Estados Unidos por la violación de la soberanía pakistani en el operativo contra bin Laden (The Economic Times, 2011), lo que ha llevado a los chinos y los pakistaníes a generar una “sociedad estratégica” muy cercana. El abatimiento de bin Laden ha hecho sospechar a Beijing de las motivaciones estratégicas de los Estados Unidos a largo plazo, es decir, que Washington –como en efecto ha

situación de “peligro”. Entre 1999 y 2010, la participación de Estados Unidos en el PIB mundial pasó del 23 al 20%; en el 2012 volvió a descender –al 17%– y se pronostica que el “salto” de la economía china, que pasó del 7% a representar un PIB mundial del 13% en el 2012, podría igualar e, incluso, superar la de Estados Unidos alrededor de 2015 (Lyane, 2012; Parent y MacDonald, 2011).

Sobre las estrategias asimétricas, ver Layne, 2004; Paul, 1994.

verificado— emprenda una política dirigida a ampliar su presencia en una región que China considera su patio trasero (Lin Limin, citado en Becker, 2011; Sun, 2013). En ese sentido, China ha venido apoyando a Pakistán en la “formulación e implementación de actividades anti-terroristas sobre la base de sus condiciones nacionales” (según Jiang Yu, portavoz del Ministerio de Relaciones Exteriores chino, citado en Dasgupta, 2011). En realidad, China ha ido más allá del simple apoyo discursivo, pues comparte tecnología militar e invierte en grandes proyectos de infraestructura en Pakistán, así como en la transferencia de misiles balísticos de corto alcance, la provisión de aviones de combate JF-17 (producidos conjuntamente con Pakistán) y misiles crucero anti-buque (Pant, 2012). Esa estrategia va dirigida no sólo contra los Estados Unidos, sino frente a las posibles agresiones de la India, azuzadas por Washington en el marco del acuerdo de cooperación nuclear entre estos dos últimos países (Bajoria y Pan, 2010).

La oposición a la guerra de Irak de 2003 y a la intervención *liberal* en Libia en el 2011 y Siria en el 2013 son otros ejemplos de equilibrio o diplomacia “suave” emprendidos por los aliados democráticos de Estados Unidos y las potencias no democráticas. También puede ocurrir el caso en que las potencias regionales busquen alianzas para impedir que Estados Unidos penetre en los territorios vecinos para llevar a cabo operaciones militares, como el de los países de Asia Central a través de la Organización para la Cooperación de Shanghái, o los alineamientos de Corea del Norte con China. En el sistema internacional contemporáneo las potencias emergentes no han forjado mecanismos de compensación militares como los que se generaron antes de las dos guerras mundiales o durante la guerra fría, pero algunas alianzas —como el BRIC—, además del hecho de que algunos Estados estén fomentando alineamientos con otras potencias regionales, refuerza la necesidad de compensación del poder que genera el comportamiento norteamericano.

La actual revelación del subcontratista de la CIA, Edward Snowden, del programa de espionaje estadounidense ha generado un delicado expediente diplomático para los Estados Unidos frente a sus socios occidentales. Hasta ahora unos 35 países, aparte de los propios ciudadanos estadounidenses, han sido víctimas del espionaje de la Agencia de Seguridad Nacional. El presidente Obama ha tenido que emprender un curso de acción diplomático que no tenía previsto para calmar a los aliados más reticentes —aunque seguramente una bravuconada momentánea—, como las que se presentaron en Alemania, Francia o Brasil (The Washington Post, 2013). Exagerado o no, lo que debe ser pertinente para nuestro estudio es que la “ciberguerra” contra Al-Qaeda emprendida por los Estados Unidos se constituye en otro ejemplo del desastroso enfoque de la “guerra global contra el terrorismo” a la que ha obligado la permanente amenaza que le genera Al-Qaeda a los Estados Unidos.

RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIONES

En este artículo vimos que los actores no estatales deberían tener mayor cabida en el estudio de la política del poder internacional. El estudio de Al-Qaeda y el impacto que puede tener en el sistema internacional dominado por los Estados, buscaba llevar a cabo esa tarea. Para ello se propuso tener en cuenta dos principios:

1. Los Estados son los actores preponderantes en el sistema y pueden influenciar o determinar la conducta de los actores no estatales. Al-Qaeda, sin embargo, presupone una naturaleza distinta.
2. La naturaleza de los actores no estatales se concibe según la *realidad* internacional anárquica y las dinámicas sociales y político-estratégicas. En ese sentido, los actores no estatales, cuando son independientes de los Estados, pueden influenciar, promover o acelerar procesos de cambio en las relaciones internacionales, cuyos mecanismos de interacción preponderantes son el equilibrio del poder y la hegemonía.

Como un actor no estatal internacional, Al-Qaeda puede cumplir con dos funciones básicas en el sistema internacional: sus actos se perciben como una forma de reacción o respuesta contra-hegemónica y sus acciones pueden –o más bien intentan– acelerar la política del equilibrio mundial. Debido a su posición de inferioridad, este proceso lo lleva a cabo Al-Qaeda recurriendo a respuestas asimétricas con el fin de lograr una compensación estratégica. Atacan allí donde su enemigo es más vulnerable. De acuerdo a los principios nombrados anteriormente, este mecanismo de compensación se circunscribe en una lógica particular del sistema internacional contemporáneo: a) las hegemonías producen respuestas contra-hegemónicas; b) los actores no estatales –así como los Estados que buscan el equilibrio–, intentan o consiguen –o simplemente no logran nada– vulnerar las capacidades de sus rivales, donde sobresale justamente Estados Unidos y la forma como usa su poder en el mundo. ¿Qué ha logrado Al-Qaeda?

Al-Qaeda adquirió una lógica ascendente mientras la hegemonía norteamericana expandía su poder en el Medio Oriente. En ese sentido, sus acciones buscan alterar esa política mediante tácticas asimétricas violentas. Al lograr “atraer” la presencia norteamericana hacia el suelo musulmán, Al-Qaeda y sus filiales no sólo buscan cooptar a los musulmanes que se sienten desprotegidos por la represión de sus gobiernos, sino enfascar a los Estados Unidos en una lucha costosa por la dominación. Estados Unidos, al mismo tiempo, se ve enfrentado a una doble crisis: la que le hace perder legitimidad entre la población musulmana una vez que lleva a cabo medidas represivas –la guerra contra el terrorismo, el uso de los

drones, los bombardeos— contra ellos, y la que lo ha sumergido en diversas crisis económicas y político-diplomáticas con los países aliados. La actual guerra civil siria es el ejemplo más reciente donde se puede percibir toda la dimensión de esta crisis.

Por otra parte, la “guerra global contra el terrorismo” también profundizó la inseguridad de diversos Estados que se vieron directamente amenazados por la invasión a Irak y a Afganistán; además de las fuerzas especiales y la inteligencia contra-terrorista, el uso de aviones no tripulados para “cazar terroristas” en Pakistán, Yemen o el Cuerno de África, no hace sino reforzar esa sensación. Mientras Estados Unidos sigue produciendo un ambiente más inseguro, se profundizarán las respuestas contra-hegemónicas tanto de los Estados como de los actores no estatales.

Al asumir que la hegemonía de Estados Unidos comenzó una fase pronunciada de declive, no sólo porque carece de la capacidad para influenciar ciertos procesos, sino también porque se ha dejado llevar por la “trampa” de la dominación imperial, deberíamos admitir en principio que las acciones de Al-Qaeda lograron vulnerar la preponderancia norteamericana.

Ahora bien, el equilibrio contra-hegemónico que implementan los actores no estatales internacionales que utilizan la violencia terrorista u otros tipos de medidas no violentas no lleva a la revisión de los enfoques tradicionales del equilibrio del poder, un mecanismo de relación inherente de los Estados. Los Estados revisionistas pudieron emprender estos mecanismos compensatorios independientemente de la existencia de la “guerra global contra el terrorismo”. Al-Qaeda tampoco es el responsable exclusivo de los gastos que conlleva la dominación estadounidense en el mundo musulmán. Los costos de la sobre-expansión presuponen *a priori* tanto la ejecución de tareas de dominación global como su eventual retraimiento. Es evidente, por otra parte, que la expansión de Estados Unidos se venía fraguando desde antes del 11/S, y que tal guerra pudo haberse manifestado alternativamente mediante otros pretextos o instrumentos —por ejemplo, el imperialismo liberal, como el de Clinton u Obama. Pero una de las particularidades del sistema internacional contemporáneo es que, en gran medida, las acciones de los Estados son la respuesta a un sistema inseguro que surgió de las entrañas de la “guerra global contra el terrorismo” —una forma específica de intervencionismo—, así como el hecho de que Estados Unidos se ve forzado a involucrarse cada vez menos en tareas de dominación global, como lo demuestra el caso sirio. Las estrategias asimétricas que han implementado los actores estatales y no estatales han logrado contener —aunque sea momentáneamente— la expansión y/o el dominio norteamericano en el mundo.

Los actos de Al-Qaeda, por tanto, pretenden lograr cambios en la gran estrategia de Estados Unidos, y en parte han logrado generar un mecanismo de equilibrio a través de “acciones” asimétricas o indirectas de los

Estados revisionistas dirigidas a socavar la hegemonía estadounidense en la política mundial.

A pesar de que se constituye como un actor que desafía la primacía norteamericana y la seguridad internacional, es poco probable que Al-Qaeda también pueda alterar el tablero mundial de las polaridades, en el sentido específico de que llegue a constituirse en un actor estatal/califal paralelo a otros Estados. Y aparte de que haya logrado acelerar la tendencia hacia el equilibrio, la importancia de Al-Qaeda radica justamente en que ha demostrado que los actores no estatales pueden influenciar el comportamiento de los Estados y en que pueden generar respuestas contra-hegemónicas independientemente de la posición que ocupen en el sistema internacional.

REFERENCIAS

- Bajoria, J. & Pan, E. (2010, noviembre 5). The U.S.-India Nuclear Deal. *Council on Foreign Relations*. Recuperado de: <http://www.cfr.org/india/us-india-nuclear-deal/p9663>
- Becker, A. (2011, mayo 6). After Osama, China fears the next target. Although relieved with bin Laden's death, many Chinese are scared where Washington will focus its attention next. *Al Jazeera*. Recuperado de: <http://www.aljazeera.com/indepth/features/2011/05/201156132839140238.html>
- Bergesen, A. y Lizardo, O. (2004). International Terrorism and the World-System. *Sociological Theory*, 22, 38-52.
- Betts, R. (1998). The New Threat of Mass Destruction. *Foreign Affairs*, 77, 1, 26-41.
- Blinken, A. (2012). Is Iraq on Track?: Democracy and Disorder in Baghdad. *Foreign Affairs*, 91, 4, 152-154.
- Blyth, M. (2013). The Austerity Delusion: Why a Bad Idea Won Over the West. *Foreign Affairs*, 92, 3, 41-56.
- Boot, M. (2013). The Evolution of Irregular War: Insurgents and Guerrillas from Akkadia to Afghanistan. *Foreign Affairs*, 92, 2, 100-114.
- Burgat, F. (2006). *El islamismo en tiempos de al-Qaida*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Clausewitz, K. (1999). *De la guerra: táctica y estrategia*, Barcelona: Idea Books.
- Creveld, M. (1991). *The Transformation of War: The Most Radical Reinterpretation of Armed Conflict since Clausewitz*. Nueva York: Free Press.
- Dalacoura, K. (2013). The Arab Uprisings Two Years On: Ideology, Sectarianism and the Changing Balance of Power in the Middle East. *Insight Turkey*, 15, 1, 75-89.
- Dalacoura, K. (2012). The 2011 Uprisings in the Arab Middle East: Political Change and Geopolitical Implications. *International Affairs*, 88, 1, 63-79.
- Dasgupta, S. (2011, mayo 3). China backs Pakistan govt after Osama bin Laden's death. *Times of India*. Recuperado de: http://articles.timesofindia.indiatimes.com/2011-05-03/china/29498615_1_pakistani-government-pakistan-government-zardari
- David, Ch-Ph. (2009). *La guerra y la paz. Enfoques contemporáneos sobre seguridad y estrategia*. Barcelona: Icaria.
- Downes, A. (2010). *Catastrophic Success: Foreign-Imposed Regime Change and Civil War*. Duke University. Recuperado de: http://www.duke.edu/~downes/DOWNES_CATASTROPHIC%20SUCCESS_JULY2010.pdf
- Europapress.es (2013b, febrero 24). *Irán derriba un supuesto 'drone' extranjero*. Recuperado de: <http://www.europapress.es/internacional/noticia-iran-iran-anuncia-captura-drone-extranjero-intentaba-penetrar-espacio-aereo-20130224030414.html>
- Farrall, L. (2011). How al Qaeda Works. What the Organization's Subsidiaries say about its Strength. *Foreign Affairs*, 90, 2, 128-136.
- Ferguson, N. y Kotlikoff, L. (2003). Going Critical: American Power and the Consequences of Fiscal Overstretch. *The National Interest*, 73, 22-32.
- FMI (2013). *Perspectivas de la economía mundial, abril de 2013*. Recuperado de <http://www.imf.org/external/spanish/pubs/ft/weo/2013/01/pdf/texts.pdf>

- FMI (2011). *Perspectivas de la economía mundial. Desaceleración del crecimiento, agudización de los riesgos*.
- Recuperado de: <http://www.imf.org/external/spanish/pubs/ft/weo/2011/02/pdf/texts.pdf>
- Finnemore, M. (2009). Legitimacy, Hypocrisy, and the Social Structure of Unipolarity: Why Being a Unipole Isn't All It's Cracked up to be. *World Politics*, vol. 61, No. 1, 58-85.
- Ghotme, R. (2011). La configuración del poder en el sistema internacional contemporáneo. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 6, 1, 47-74.
- Ghotme, R. (2012). La reconducción estratégica de al-Qaeda: ¿del liderazgo de Osama bin Laden a la dimensión masiva-popular? *Civilizar*, 12, 22, 111-128.
- Gilpin, R. (1999 [1981]). *War and Change in World Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Glaser, C. (2003). Structural Realism in a Complex World. *Review of International Studies*, 29 (3), 403-414.
- Glaser, C. (2010). *Rational Theory of International Politics: The Logic of Competition and Cooperation*. Princeton: Princeton University Press.
- Gordon, P. (2007). Can the War on Terror Be Won. *Foreign Affairs*, 86, 6, 53-67.
- Hadley, S., y Podesta, J. (2012). The Right Way Out of Afghanistan: Leaving Behind a State That Can Govern. *Foreign Affairs*, 91, 4, 41-53.
- Haass, R. (2008). The Age of Nonpolarity: What Will Follow U.S. Dominance. *Foreign Affairs*, 87, 3, 44-56.
- Hansen, B. (2000). *Unipolarity and the Middle East*. Richmond: Curzon Pres.
- Hoffman, B. (2010, Jan 10). Al-Qaeda has a new strategy. Obama needs one, too. *The Washington Post*. Recuperado de: http://articles.washingtonpost.com/2010-01-10/opinions/36929469_1_al-qaeda-qaeda-director-michael-hayden
- Hoffman, B. (2006). *Inside Terrorism*. Columbia University Press.
- Holsti, K. (1995). *International Politics: a Framework for Analysis*. N. J.: Englewood Cliffs-Prentice-Hall International.
- Ikenberry, J., Mastanduno, M. y Wohlforth, W. (2009). Introduction: Unipolarity, State Behavior, and Systemic Consequences. *World Politics*, 61, 1, 1-27.
- Jackson, R. (2011). Culture, identity and hegemony: Continuity and (the lack of) change in US counterterrorism policy from Bush to Obama. *International Politics*, 48, 2/3, 390-411.
- Jervis, R. (2009). Unipolarity. A Structural Perspective. *World Politics*, 61, 1, 188-213.
- Johnson, C. (2004a). *Las amenazas del imperio: militarismo, secretismo y el fin de la república*. Barcelona: Crítica.
- Johnson, C. (2004b). *Blowback: costes y consecuencias del imperio americano*. Pamplona: Laetoli.
- Kaplan, F. (2013). The End of the Age of Petraeus: The Rise and Fall of Counterinsurgency. *Foreign Affairs*, 92, 1, 75-90.
- Keck, M y Sikkink, K. (1998). *Activist Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Cornell University Press.
- Kennedy, P. (1989). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza y Janés Editores.
- Keohane, R. (2012). Hegemony and After: Knowns and Unknowns in the Debate over Decline. *Foreign Affairs*, 91, 4, 114-118.
- Koopmans, R. (1993). The Dynamics of Protest Waves: West Germany, 1965 to 1989. *American*

- Sociological Review*, 58, 637-58.
- Layne, C. (2012, enero 27). The (Almost) Triumph of Offshore Balancing. *The National Interest*. Recuperado de: <http://nationalinterest.org/commentary/almost-triumph-offshore-balancing-6405>
- Layne, C. (2004). The War on Terrorism and the Balance of Power: The Paradoxes of American Hegemony. En T. V. Paul, J. Wirtz, y M. Fortmann (eds.), *Balance of Power: Theory and Practice in the 21st. Century*. Stanford: Stanford University Press, 103-126.
- Layne, C. (2006). Impotent Power? Re-examining the Nature of America's Hegemonic Power. *The National Interest*, 85, 41-47.
- Laub, Z. (2013, noviembre 18). Pakistan's New Generation of Terrorists. Council on Foreign Relations. Recuperado de: <http://www.cfr.org/pakistan/pakistans-new-generation-terrorists/p15422>
- Luttwak, E. (2013, agosto 24). In Syria, America Loses if Either Side Wins. *The New York Times*. Recuperado de: http://www.nytimes.com/2013/08/25/opinion/sunday/in-syria-america-loses-if-either-side-wins.html?_r=0
- Malkasian, C., y Weston, J. K. (2012). War Downsized: How to Accomplish More With Less. *Foreign Affairs*, 91, 2, 111-121.
- Mallaby, S. (2004). NGOs: Fighting Poverty, Hurting the Poor. *Foreign Policy*, 2004, 51-58.
- Mann, M. (2004). *El imperio incoherente: Estados Unidos y el nuevo orden internacional*. Barcelona: Paidós.
- Mastanduno, M. (2009). System Maker and Privilege Taker: U.S. Power and the International Political Economy. *World Politic*, 61, 1, 121-154.
- Mearsheimer, J. (2011). Imperial by Design. *The National Interest*, 111, 16-34.
- Mearsheimer, J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. Nueva York: Norton.
- Mearsheimer, J. (1994). The False Promise of International Institutions. *International Security*, 19 (3), 5-49.
- Morgan, K. (2013). America's Misguided Approach to Social Welfare: How the Country Could Get More for Less. *Foreign Affairs*, 92, 1, 153-164.
- Nye, J. (2010). The Future of American Power: Dominance and Decline in Perspective. *Foreign Affairs*, 89, 6, 2-14.
- Pant, H. (2012). The Pakistan Thorn in China India-U.S. Relations. *Center for Strategic and International Studies. The Washington Quarterly*, 35 (1). Recuperado de: <http://csis.org/files/publication/twq12winterpant.pdf>
- Parent, J. y MacDonald, P. (2011). The Wisdom of Retrenchment: America Must Cut Back to Move Forward. *Foreign Affairs*, 90, 6, 32-47.
- Parker, N. (2012). The Iraq We Left Behind: Welcome to the World's Next Failed State. *Foreign Affairs*, 91, 2, 94-110.
- Paul, T. V. (1994). *Asymmetric Conflicts: War Initiation by Great Powers*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Paul, T. V. (2004). Introduction: The Enduring Axioms of Balance of Power Theory and Their Contemporary Relevance. En T. V. Paul, J. Wirtz, y M. Fortmann, (eds.), *Balance of Power: Theory and Practice in the 21st. Century*. Stanford: Stanford University Press, 1-25.
- Ramadan, T. (2000). *El reformismo musulmán: desde sus orígenes hasta los Hermanos Musulmanes*.

- Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Ramadan, T. (2012). *The Arab Awakening: Islam and the New Middle East*. Nueva York: Oxford University Press.
- Rassler, D. (2009, junio 15). Al-Qa`ida's Pakistan Strategy. Combating Terrorism Center. Recuperado de: <http://www.ctc.usma.edu/posts/al-qaida%E2%80%99s-pakistan-strategy>
- Ria Novosti (2013, septiembre 27). *Irán empieza producción en serie de drones de combate*. Recuperado de: <http://sp.ria.ru/Defensa/20130927/158186577.html>.
- Riedel, Bruce. (2007). Al-Qaeda Strikes Back. *Foreign Affairs*, 86, 3, 24-40.
- Rynning, S. y Ringsmose, J. (2008). Why Are Revisionist States Revisionist? Reviving Classical Realism as an Approach to Understanding International Change. *International Politics*, 45, 19-39
- Rodman, P. (2000). The World's Resentment: Anti-Americanism as a Global Phenomenon. *The National Interest*, 60, 33-41.
- Roy, O. (2007). *El islam y el caos: el mundo islámico ante los retos del siglo XXI*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Jeremy M. Sharp, Christopher M. Blanchard (septiembre 6, 2013). Armed Conflict in Syria: Background and U.S. Response. *Congressional Research Service*. Recuperado de: <https://www.fas.org/sgp/crs/mideast/RL33487.pdf>
- Schweller, R., y Priess, D. (1997). A Tale of Two Realisms: Expanding the Institutions Debate. *Mershon International Studies Review*, 41, 1-32.
- Schweller, R. (2003). *The Progressiveness of Neoclassical Realism*. En C. Elman y M. Fendius Elman (eds.), *Progress in International Relations Theory: Appraising the Field* (pp. 311-347). Cambridge, MA: MIT Press.
- Slaughter, A. (2004). *A New World Order*, Princeton, Princeton University Press.
- Snyder, G.H. (2002). Mearsheimer's World. Offensive Realism and the Struggle for Security. A Review Essay. *International Security*, 27, 149-173.
- Sun, Y. (2013, enero 31). March West: China's Response to the U.S. Rebalancing. *Brookings Institution*. Recuperado de: <http://www.brookings.edu/blogs/up-front/posts/2013/01/31-china-us-sun>
- Thayer, B. (2006). In Defense of Primacy. *The National Interest*, 86, 32-38.
- The Economic Times (2011, mayo 20). *China asks US to respect Pak's sovereignty*, independence. Recuperado de: http://articles.economictimes.indiatimes.com/2011-05-20/news/29565072_1_pakistan-s-ambassador-pakistan-china-pakistan-media
- The Washington Post (2013, octubre 26). *NSA spying threatens to undermine US foreign policy; Obama, Kerry try to quell furor abroad*. Recuperado de: http://www.washingtonpost.com/politics/federal-government/nsa-spying-threatens-to-undermine-us-foreign-policy-obama-kerry-try-to-quell-furor-abroad/2013/10/26/a89bfd00-3e0e-11e3-b0e7-716179a2c2c7_story.html
- Viotti, P. y Kauppi, M. (2009). *International Relations and World Politics. Security, Economy, Identity*. Nueva Jersey: Pearson.
- Walt, S. (2011). The End of the American Era. *The National Interest*, 116, 6-16.
- Walt, S. (2009). Alliances in a Unipolar World. *World Politics*, 61, 1, 86-120.

- Walt, S. (2005). *Taming American Power: The Global Response to U.S. Primacy*. Nueva York: W.W. Norton.
- Walt, S. (1987). *The origins of alliances*. Ithaca: Cornell University Press.
- Waltz, K. (2000). Structural Realism after de Cold War. *International Security*, 25, 1, 5-41.
- Waltz, K. (1999). Globalization and Governance. *PS: Political Science and Politics*, 32 (4), 693-700.
- Wilkinson, P. (2005). *Internacional Terrorism: the changing threat and the EU's response*. Institute for Security Studies, Chaillot Paper, No. 84.
- Williams, P. (2002). Transnational Organized Crime and the State. En R. B. Hall y T. J. Biersteker (eds.), *The Emergence of Private Authority in Global Governance* (pp. 161-181) Cambridge University Press.
- Wong, K. (2013, octubre 20). Foreign jihadists surpass Afghan-Soviet war, storm Syria in record numbers. *The Washington Times*. Recuperado de:
<http://www.washingtontimes.com/news/2013/oct/20/foreign-jihadists-surpass-afghan-soviet-war-storm-/?page=all>
- Zakaria, F. (2000). *De la riqueza al poder. Los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*. Barcelona: Gedisa.